

especial en la resurrección de Lázaro (cfr. p.283)

El *capítulo octavo* nos hace contemplar el misterio de la Transfiguración, con las circunstancias, los personajes, el significado y otros detalles. En ella Cristo manifiesta: la condición inmaculada de su cuerpo, la gloria de la futura resurrección y la gloria de su divinidad (cfr. p. 299). Al comentar el silencio que Jesús pide a sus discípulos retoma el tema del “engaño al príncipe de este mundo” (p.304).

Los tres capítulos siguientes analizan los misterios dolorosos de la vida de Jesús: el *noveno* presenta los comienzos de la pasión: la última cena, la oración en el huerto, el prendimiento y juicio; donde destaca la ingratitud de los hombres para con el Salvador (cfr. p. 323). El *décimo*, se detiene en la crucifixión, con todos sus pormenores. Muy interesante es el simbolismo de la cruz que expone desde la p. 339 y luego el análisis de las clásicas siete palabras. El *undécimo* capítulo describe la muerte y sepultura de Cristo. Comienza hablando de la muerte y de la incorrupción de su cuerpo, luego explica la conmoción de la naturaleza, la sepultura, el descenso a los infiernos, etc.

Cierra el estudio de los misterios en el capítulo *doce*, con la resurrección y la gloria, ya que la re-

dención no finaliza con la muerte. El Salvador no sólo restaura la humanidad caída, sino que además se convierte en prototipo del hombre nuevo. Es interesante el apartado sobre la existencia y “actividad” del Cristo glorioso (cfr. p. 410 y ss.)

El libro tiene una breve conclusión que combina aspectos de la vida del santo, sus influencias (sobre todo de los padres capadocios y Orígenes), las luchas antiarrianas; etc.; con la Cristología que fue desarrollando.

Comprende también una bibliografía consultada que va desde la p.15 hasta la 37.

Lamento que en ninguna parte de la obra se da una reseña del autor que, por lo que se puede apreciar por su trabajo, ha hecho un esfuerzo gigantesco para desnuzarnos el pensamiento del santo milanés.

Aunque son más de quinientas páginas medulosas, creo que son imperdibles para el profesor de Cristología e incluso para el pueblo fiel (si excluimos el latín de los textos y alguna terminología específica) que quiera profundizar en la vida de Cristo bebiendo de las fuentes patrísticas.

DARÍO DE FINA

---

JEAN-MARIE LUSTIGER, *La Promesa*, Madrid, Cristiandad, 2002, 282 pp.

---

“...pretender que existe una sustitución de una revelación por otra revelación diferente, es no entender nada del misterio de Cristo, es negar el don de Dios” (36)

Así recoge Jean-Marie Lustiger una certeza, que aparecía como una intuición en algunos grandes de fin del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y que ha venido destellando en el mundo del diálogo judeocristiano de los últimos cuarenta años. La revelación del NT no viene a sustituir a la del AT, ni la Iglesia a Israel, ni el cristianismo al judaísmo.

Sin embargo, esto que para algunos es una certeza adquirida e inmovible y que se constituye en el punto de partida irrenunciable para cualquier diálogo judeocristiano, permanece aún como una afirmación cuestionable y sospechosa –cuando no censurable–, para tantas mentes y corazones, comunidades e iglesias.

Antes de presentar esta obra, nos parece necesario decir algunos pocos pero relevantes datos de su biografía. Jean-Marie Lustiger nació el 17 de septiembre de 1926 en el seno de una familia judía. Al ocupar las fuerzas alemanas la ciu-

dad de París, él fue enviado a Orléans al cuidado de una familia cristiana. En 1940 recibe el Bautismo. Sus padres son deportados y su madre es asesinada en Auschwitz. Ordenado sacerdote y hecho Obispo de la Iglesia católica en 1979. Recientemente sustituido de la sede del Arzobispado de París, en la que ejerciera su ministerio episcopal desde 1983.

El libro que presentamos consta de dos partes, diferentes en sus dimensiones, género, destinatarios, intención y momento histórico de su producción.

La primera parte es la desgrabación de las meditaciones de un retiro que Lustiger predica en 1979, a una comunidad de monjas contemplativas de Sainte Françoise Romaine, acerca del misterio de Israel. Con un estilo homilético y meditativo va recorriendo el Evangelio según san Mateo con total espontaneidad. Él mismo las reconoce como “unas charlas improvisadas sobre temas difíciles de hilvanar, sobre todo cuando uno se arranca las palabras del corazón y del espíritu, buscando la mejor manera de expresarlas.” (14) El comentario al Evangelio de Mateo aparece casi como una excusa para penetrar el tema del misterio de Israel y su relación con los cristianos.

En la segunda parte del libro, mucho más breve en extensión, se

nos presentan cuatro conferencias que ofreció, todas ante público judío. La primera en 1995 en la Universidad de Tel Aviv, y las tres siguientes en 2002, ante el Congreso Judío Europeo en París, el Congreso Judío Mundial en Bruselas y el Congreso Judío Norteamericano en Washington.

En el transcurso de la lectura, es indispensable tener presente a quién se dirige el autor. Algunas de sus expresiones ante destinatarios cristianos serían con toda razón mal interpretadas por oyentes judíos, y viceversa.

En las meditaciones de la primera parte de esta publicación se pueden destacar algunas afirmaciones centrales: 1) La relación entre la Iglesia e Israel no es de sustitución, sino que, en Cristo, la gracia y las promesas hechas a Israel, son participadas por los paganos. Para describir esta relación, el autor prefiere utilizar el binomio promesa-cumplimiento. Si se sostuviera la caducidad de la promesa, se negaría la misma fidelidad de Dios. Dios se ha unido a Israel en Alianza eterna y “lo que Dios unió no lo separe el hombre” (cf.26). Por lo demás, esta vinculación con el pueblo judío no es optativa para los cristianos, ya que “sólo se puede recibir el Espíritu de Jesús con la estricta condición de compartir la esperanza de Israel y de acceder a ella” (127) porque “el

misterio de Israel está en el centro de la fe cristiana.” (163). 2) En la misma línea, el Antiguo Testamento no es una colección de viejos y caducos documentos incapaces de interpelar el presente, ni siquiera el sustrato simbólico-cultural que es necesario conocer para una buena interpretación del Nuevo. “No es ni una instrucción, ni una preparación literaria, ni una compilación de temas y símbolos: es un camino verdadero, necesario y actual.” (129-130). Jesús mismo es cumplidor y amante de la Ley. La novedad no radica en una nueva ley, sino en el modo en que Jesús la interpreta –en consonancia con algunos movimientos del judaísmo de su tiempo– y en el modo en que la cumple. 3) El sufrimiento que Israel padece a lo largo de la historia a causa de su elección, forma parte del sufrimiento del Mesías. El mismo autor aclara en este punto que esto “sólo pueden decirlo, sólo pueden pensarlo los discípulos de Cristo en su plegaria frente al Crucificado” y no es lícito exigirlo a Israel. El crimen de deicidio con que se condenó al pueblo judío a lo largo de siglos de antisemitismo cristiano, se debería aplicar ahora a los cristianos que desconocen al pueblo judío, ya que negándolo niegan a Dios mismo, condenándolo condenan a Dios. “Porque en este caso, lo que se aplica a uno se aplica también al otro:

rechazo a Cristo como Él se da a conocer, odio a la Elección como Dios la realiza. Es el test de la mentira en la fidelidad hacia Dios. Es, pues, el pecado.” (96) Lo que la enseñanza del desprecio ha conseguido es invertir perversamente los roles y redistribuir la culpa según la voluntad del que cree que sabe, nombra, enseña. “Los pagano-cristianos mataron a los judíos con el pretexto de que éstos habían matado a Cristo; esto es una evidente blasfemia...” (98) Al apoderarse de Cristo separándolo de Israel, lo han paganizado, y así han terminado desconociendo al mismo Cristo que pretendían servir. Esto no es más que una forma de paganismo cristiano, una forma atroz de mentira pseudocristiana. 4) El autor procura sacar al antijudaísmo cristiano de la bolsa de discriminaciones en que lo hemos metido intentando librarnos de su culpa. “El antisemitismo cristiano aparece, no como problema particular de un racismo entre otros, sino verdaderamente como un pecado: un pecado cuya enormidad revela una profunda infidelidad a la gracia de Cristo (...) Rechazarlos constituye para los cristianos, lo quieran o no, una apropiación abusiva o blasfema de la Elección.” (207)

Al final del retiro, el autor confiesa una esperanza que guarda en su corazón, “que apenas me atrevo a pronunciar en voz alta, porque

puede parecer demasiado audaz.” (214) Se refiere a la posibilidad de un resurgimiento de una iglesia judeocristiana, tal como existiera en los primeros siglos del cristianismo, que “si volviera a encontrar su identidad en el seno de la Iglesia, sería para la fe de todos una gracia inestimable: sería signo y garantía de la fidelidad de Dios a su Promesa” en la que “la misión de los cristianos se arraigaría en la profundidad de la historia de la salvación.” (221)

La primera de las conferencias tiene lugar ante el auditorio de la Universidad de Tel Aviv, en la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la liberación de los judíos de los campos de exterminio. El “horror sin precedentes históricos” (229) que ha significado la *Shoah* pone de modo único sobre el tapete la cuestión del silencio de Dios y de su fidelidad a la Alianza, a la vez que vuelve a plantear el problema de cómo pueden y deben considerarse hoy mutuamente Israel y las demás naciones. El pueblo judío es elegido singularmente por Dios y destinado a una misión universal. Las demás naciones participan de la revelación, la gracia y las promesas hechas a Israel, y, lejos de intentar apropiárselas exclusivamente, deben saber recibirlas permanentemente de manos de este pueblo.

Ante el Congreso Judío Europeo, en enero de 2002, Lustiger hace

una breve recorrida histórica, desde el gran historiador judío Jules Isaac y la *Nostra Aetate*, pasando por tantos encuentros y desencuentros, hasta algunos gestos de diálogo de Juan Pablo II. Desde las ruinas y la “memoria calcinada” que significa Auschwitz, se levantaron “como en voz baja” (242) los grandes hacedores del futuro del diálogo. Hoy es preciso reinventar sus caminos.

Bajo el título “*Judíos y Cristianos ¿qué deben esperar de su encuentro*”, Lustiger nos propone una sugestiva y brillante reflexión para el camino del diálogo. Desde las mutuas representaciones simbólicas que judíos y cristianos nos hacemos, cada uno de nosotros proyecta sobre el otro sus propios esquemas de pensamiento y sus formas de vida. Esto hace que desconozcamos al interlocutor que tenemos delante. Sólo captando “el patrimonio simbólico que nos une y nos divide” (252) podremos conocer la verdadera naturaleza de nuestros conflictos, sin teñirla de prejuicios y temores infundados. El rechazo a lo diferente generó el antisemitismo. La comprensión y la aceptación de la historia, sensibilidad y aspiraciones del otro, puede llevarnos a un camino –que sin ser uniforme sea en común– a favor de la vida, la paz y la justicia.

Ante el Comité Judío Norteamericano, nuestro autor se plantea

qué elementos comunes justifican el encuentro entre judíos y cristianos que, sin amenazar las originalidades propias de cada identidad, les permita vivir mejor su misión y aportar a la vida del conjunto de los hombres, en este tiempo en que “todo está en ebullición” (265). Alejando la tentación judía de encerrarse en su particularismo, y la tentación cristiana de crear nuevos particularismos, asumiendo la tensión del diálogo entre distintos, pueden ofrecer a la humanidad su común perspectiva ética de lo político. “¿No somos acaso, los judíos y los cristianos, juntos, responsables de esta razón política ante el conjunto de la humanidad?” (268)

A lo largo de las páginas de esta obra se puede presenciar el camino de progresiva maduración que el autor ha recorrido en su pensamiento. Las conferencias de 1995 y 2002 dejan ver grandes avances en sus afirmaciones con respecto a aquellas meditaciones de 1979. Entre ellos, el binomio promesa-cumplimiento, utilizado en las meditaciones, es abandonado en las conferencias. También desaparecen otras expresiones utilizadas para referirse a Cristo, como “el verdadero Israel” (57), o para la Iglesia como el “pueblo de la Nueva Alianza” (135).

Al leer “La Promesa”, el lector puede ser testigo, tanto en la ame-

nidad de la meditación como en la formalidad de las conferencias, del amor de Lustiger por el pueblo judío –del que se sabe parte– como de su trabajo incansable por el diálogo entre judíos y cristianos. También podrá dejarse contagiar de su fascinación por este tan buscado encuentro, que siempre será encuentro en tensión.

ANDREA HOJMAN

---

ENCICLOPEDIA DEI PAPI, Roma, *Istituto della Enciclopedia Italiana Treccani*, 3v., 746 pp., 717 pp. y 741 pp.

---

La destacada editorial Treccani, altamente conocida y respetada en el ámbito de la publicación de enciclopedias, ha llevado adelante y publicado esta excelente y utilísima Enciclopedia de los Papas en tres voluminosos tomos, que abarcan la nómina completa de Obispos de Roma.

Esta obra ha sido dirigida por los mayores exponentes italianos de Historia de la Iglesia, como son Manlio Simonetti –para la Antigüedad–, Girolamo Arnaldi –para el Medioevo–, Mario Caravale –para la Modernidad– y el jesuita Giacomo Martina para los tiempos con-

temporáneos. La coordinación general de la obra estuvo a cargo de Antonio Menniti Ippolito. Estuvieron secundados en su tarea por un importante equipo de redacción y varios consultores científicos, que dan muestra del nivel del resultado.

La obra fue planificada en ocasión del *Duemile*, como homenaje al aniversario fundacional del Instituto y como complemento de los anteriores diccionarios enciclopédicos emprendidos por Treccani (de ciencia, de arte, de literatura, del cuerpo, dantesca, virgiliana, horaciana, etc).

Como señala el Cardenal Poupard, presidente del Pontificio Consejo de la Cultura –en el prólogo– la vida de los sucesivos Papas permite una visión completa y múltiple de la historia de la Iglesia y de aquellos que tuvieron a su cargo la delicada –y difícil– elección para dirigir sus pasos en esta tierra, a partir de la selección del apóstol Pedro por el propio Jesús, mostrándonos como la Iglesia –a partir de su fundación– estuvo presente en los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad. Por otra parte, señala, como una enciclopedia de los papas, permite una nueva forma de acceso a este papel, aportando las nuevas investigaciones en cada uno de los momentos de esta bimilenaria historia